

# CANCIONES DEL MUCHACHO VIAJERO\*

*A Antonio de la Peña Santos, en  
homenaje a su amistad y a su melomanía*

ABSTRACT: As Andrew and Susan Sherratt have recently argued, trade languages are an indispensable mechanism of communication and acculturation in direct and long term trade relationships.

In such a sense, the aim of this paper is to suggest that the Lusitanian, the old indoeuropean language spoken in West Iberia, arrived in this way from the Atlantic region at the Late Bronze Age, together with technical improvements and a new ideology, that deeply influenced the local population, who preserved these cultural features unchanged until the Roman conquest.

## PRELUDIO

¿En qué lengua cantaríá distraídamente el viajero, que en el paso del Segundo al Primer Milenio a.C., surcaba las aguas del Atlántico hacia la Península Ibérica, o el que se adentraba por los caminos con su carga de mercancías...?

El título de este trabajo, que he tomado prestado de Gustav Mahler, es una alusión musical al tema que en él pretendo desarrollar, el de los contactos en Prehistoria, en especial aquellos establecidos por motivos comerciales, y su trascendencia en la aculturación y transformación de las sociedades que intercambian regalos y mercancías, pero sobre todo, conocimientos, ideas, innovaciones tecnológicas, creencias, conceptos trascendentes sobre el hombre y la sociedad (Véase al respecto Helms 1988), y que para ello se valen de un vehículo de comunicación, de una lengua franca hecha de muchos y, a la vez, de ningún idioma, que facilita esas relaciones más estrechas, en las que es preciso algo más que la mímica o el comercio silencioso, para que estas discurran de un modo estable y fluído. Las ideas que a lo largo del mismo pretendo desarrollar, son consecuencia directa de la aparición del libro de Colin Renfrew, *Archaeology & Language. The Puzzle of Indoeuropean Origins*, y de la apasionada y apasionante polémica que su publicación ha desatado, fruto de la cual han sido artículos tan sugerentes como los del matrimonio Sherratt, acerca de las lenguas de comercio (Sherratt, A. & S. 1988). A uno y otros, y a mis conversaciones e intercambio de ideas con los profesores María Belén y José Luis Escacena de la Universidad de Sevilla, Richard Bradley de la de Reading, y con el propio Andrew Sherratt del Ashmolean Museum

\* Trabajo realizado con una bolsa de la Dirección General de Universidades del Ministerio de Educación y Ciencia, dentro del programa «Estancias de profesores universitarios en centros de investigación en el extranjero».

(Oxford), debo la inspiración de este artículo, si bien naturalmente, los errores, herejías y heterodoxias que en él puedan contenerse, son solamente responsabilidad mía.

El área y período de estudio elegidos, son la fachada atlántica de la Península Ibérica durante la Edad del Bronce. Las razones de ello son varias: 1) porque por mi especialización, es la que mejor conozco, o tal vez debiera mejor decir, la que menos desconozco; 2) porque documenta unos contactos comerciales cuya intensidad y dirección fluctúan con el tiempo, por lo que ofrece la posibilidad de contemplar distintos tipos de relaciones comerciales; y 3) por la existencia dentro de su territorio de una antigua lengua indoeuropea, el Lusitano cuyo origen y naturaleza siguen siendo una incógnita.

#### INTERMEZZO

Como consecuencia del aluvión de críticas, comentarios, apostillas y réplicas que la publicación del libro de Renfrew (1987) sobre el origen y expansión de las lenguas indoeuropeas en Europa ha provocado, varios autores (Sherratt, A. & S. 1988; Zvelebil M. & K. 1988) han recordado la importancia de la existencia de una lengua común como el indoeuropeo, cuando los contactos comerciales, y *la llegada y transmisión a través de ellos de innovaciones técnicas*, se acrecientan. De este modo, y siguiendo el modelo de A. y S. Sherratt, (fig. 1.<sup>a</sup>) si en las relaciones tipo *down the line* que rigieron durante el Neolítico y, en muchas regiones de Europa, durante gran parte de la Edad del Bronce, esto es, el cambio mútuo y sucesivo de un producto desde su punto de origen, recorriendo a veces y a lo largo de un largo período de tiempo, largas distancias (Renfrew, 1972 y 1979), bastaría con que existieran intérpretes o individuos bilingües en cada uno de los eslabones de la cadena de intercambios, para que tal tráfico fluyera (Fig. 1 A). Por el contrario, al crecer en frecuencia e intensidad tales intercambios, como ocurre en gran parte de Europa desde mediados del II milenio a.C. pero ya francamente, a partir del Bronce Final y al hacerse éstos más directos, se volvería necesaria la utilización de un lenguaje común que facilitara tales relaciones más estrechas, y que en un principio, *pudo estar destinado al comercio o ser patrimonio de una élite social*.

Ejemplos modernos de ello son la *lengua franca*, el lenguaje comercial por excelencia, en el que, todavía en 1789, un banquero de Bassora redacta un pagaré a favor de un viajero inglés, contra un banquero de Alepo (Braudel, 1985), o el *pidgin*, la jerga en la que los primeros comerciantes británicos en Cantón se entendían con sus socios comerciales chinos, y que era una extraña mezcla de orden gramatical chino, y préstamos lingüísticos del árabe, portugués, e inglés; el propio portugués, la lengua franca por excelencia del comercio en el lejano Oriente, hasta que a partir del siglo XIX, fue paulatinamente sustituida por el inglés, (Curtin 1984, pp. 143 y 250) y por supuesto, *el latín* que, más allá del dominio eclesiástico y administrativo, fue también la lengua franca de toda persona cultivada, no sólo durante la Edad Media, sino también y a pesar de la reforma religiosa y de la creciente importancia de las lenguas nacionales, durante gran parte de la Epoca Moderna, en la que alguien como Erasmo, se carteaba con sus correspondientes de distintas nacionalidades (Bataillon 1953), y que formaba parte de las disciplinas que los pilotos de los barcos, cuyo papel fue trascendental en la apertura de las rutas comerciales de los siglos XVI y XVII (Thomasi 1985, p. 66), debían estudiar no sólo en las naciones católicas, sino también en las reformadas.

Pretendo demostrar 1) que el Lusitano responde a un fenómeno similar a los descritos más arriba, 2) y que su introducción, junto con la de una serie de innovaciones tecnológicas, sociales

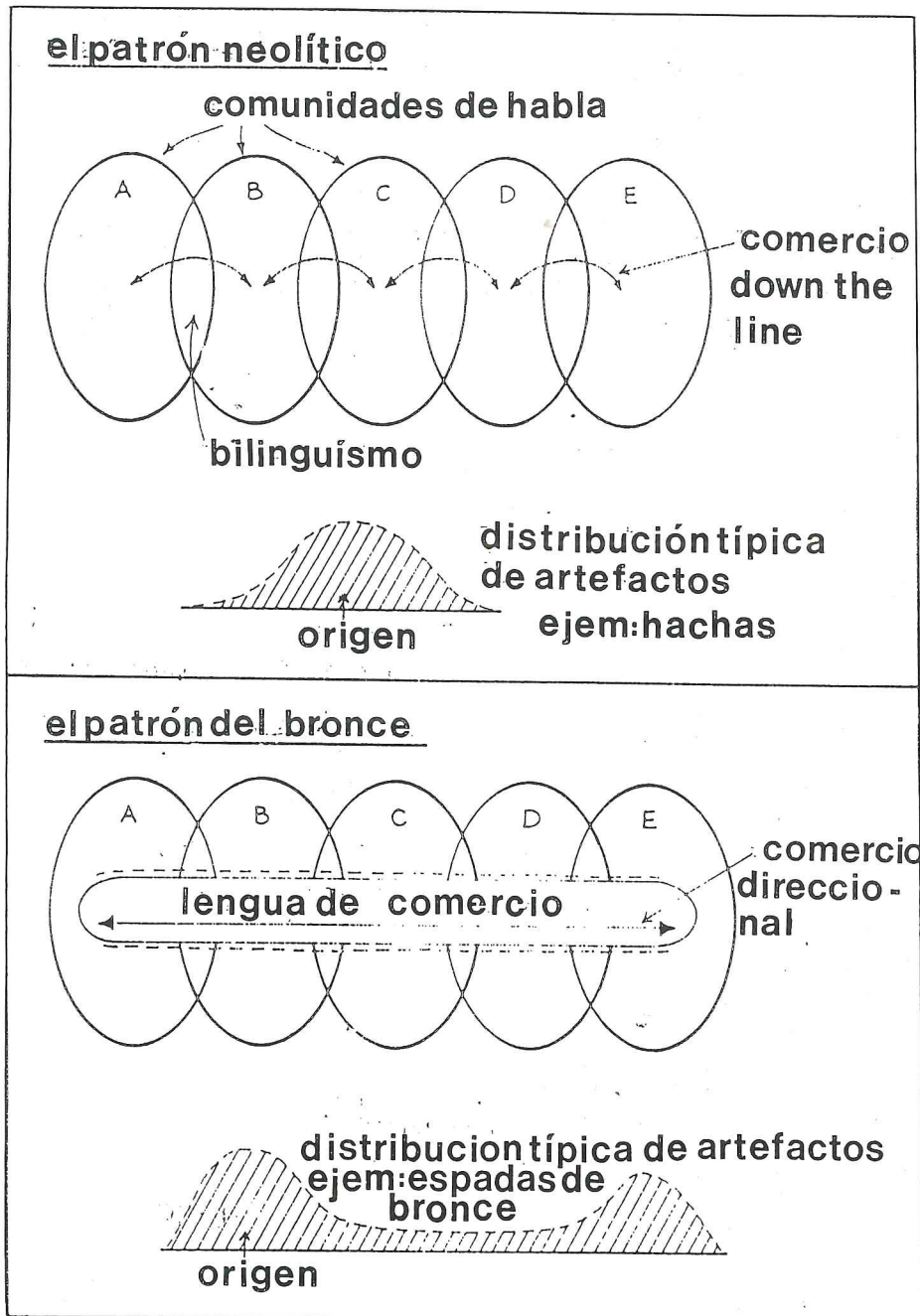


FIG. 1. Modelo de lenguas de comercio según A & S. Sherratt 1988.

e ideológicas, fueron fruto de la intensificación de las relaciones atlánticas con el Occidente de la Península Ibérica, a partir del Bronce Final; 3) que tales innovaciones introducidas por medio del Lusitano, se tradujeron en la paulatina sedentarización de las poblaciones, 4) y desde el punto de vista ideológico, en la generalización de un ritual de enterramiento que no deja huellas arqueológicas, común a todo el mundo atlántico europeo; 5) y que las huellas de esos contactos entre

las comunidades atlánticas perduraron más allá del final del comercio atlántico del metal, durante gran parte de la Edad del Hierro y en algunas regiones, hasta la llegada de los romanos.

#### ANDANTE

Los datos que poseemos sobre el tipo de hábitat de las distintas regiones atlánticas de la Península Ibérica, indican la existencia en todas ellas, de asentamientos discontinuos, y de un patrón de vida inestable a lo largo de gran parte de la Edad del Bronce. Esta forma de vida, parece únicamente cambiar, a partir del Bronce Final o en la transición a la Edad del Hierro, en aquellas regiones más intensamente afectadas directa o indirectamente por una demanda comer-

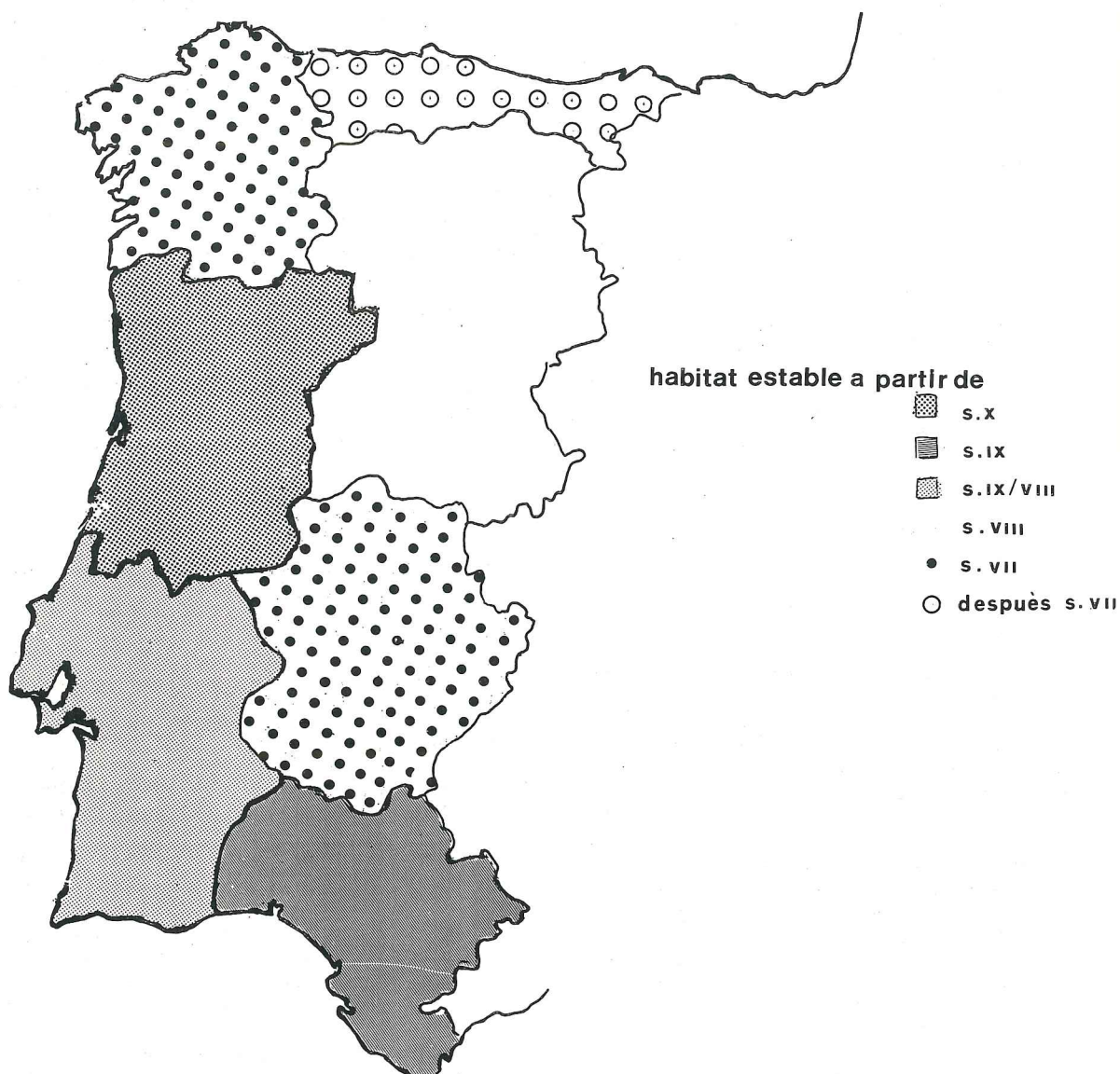


FIG. 2. Hábitat estable en el Occidente de la Península Ibérica.

cial exterior, mientras que en otras no conoceremos auténticos asentamientos estables hasta bien entrada la Edad del Hierro (Fig. 2).

Así parece ocurrir en la cornisa cantábrica, donde las más recientes síntesis reflejan la inexistencia de hábitats, al menos conocidos, a todo lo largo de la Edad del Bronce, o bien la perduración de la habitación en cueva, que debe reflejar ocupaciones estacionales relacionadas con el pastoreo (Blas Cortina/Fernández Manzano, en prensa).

En el área del NO, trabajos recientes permiten documentar la primera ocupación estable de dicho territorio, por comunidades básicas aunque quizá no únicamente granjeras, a partir del III Milenio a.C. (Jorge, 1986; Criado/Aira/Díaz-Ferros 1986), si bien los primeros indicios de ocupación estable de los hábitats no parecen ser anteriores al primer milenio a.C.<sup>1</sup>. Incluso asentamientos en llano, y sin más estructuras documentadas que «fondos de cabañas», similares a los más típicos hábitats Cogotas I de la Meseta, como son los casos de Bouça de Frade y de Lavra, en el distrito de Porto, o chozas en materiales perecederos, como Portecelo en la provincia de Pontevedra, reflejan la perduración de un patrón de vida itinerante, basado aún en gran parte en la recolección, en pleno Bronce Final (Jorge, 1988; Cano Pan/Vázquez Varela 1988; Vázquez Varela/Cano Pan 1988; Martins/Jorge, en prensa)<sup>2</sup>.

Los primeros indicios de habitación permanente en la región no son anteriores a los siglos iniciales del I Milenio a.C., y se hallan evidenciados por la presencia de construcciones más sólidas y en muchos casos, además, por la edificación de murallas, en lo cual no obstante hay que ver quizás más que necesidades defensivas, el deseo de acotar un territorio que se ocupa ahora permanentemente y sobre el que por consiguiente, se establecen unos derechos de propiedad, de igual manera que en la actualidad el campesino europeo delimita con tela de alambre su finca, para afirmar su derecho de propiedad sobre ella, y no por razones defensivas, en un momento en el que el Viejo Continente disfruta del período de paz más prolongado que se recuerda en muchos siglos<sup>3</sup>. En el Norte de Portugal, estos nuevos asentamientos ocupan ahora lugares estra-

<sup>1</sup> Al contrario que la Dra. Jorge (1980), opino que yacimientos como São Lourenço, Circo y N.ª S.ª de Bandeira, etc., reflejan ocupaciones no permanentes de los hábitats, por parte de una comunidad que se desplaza periódicamente a lo largo de un territorio que, eso sí, ocupan de manera estable y permanente. La presencia de suideos en los yacimientos del N. de Portugal, no demuestra, contrariamente a la opinión de la Dra. Jorge que los hábitats se ocuparan de forma estable y permanente, pues asentamientos estacionales que, como Los Tolmos de Caracena o los fondos de cabaña de Cogotas I de los areneros madrileños, (Martínez Navarrete, M.ª I./Menéndez Madariaga, A. 1983; Jimeno, A. 1985) que reflejan una economía móvil, trasterminante, tienen asimismo documentada la presencia de suideo. En la Alta Edad Media, cuando decae la vida urbana y grandes extensiones de tierra quedan incultas, los cerdos se abandonaban en el bosque gran parte del año, hasta el punto, de que el tamaño de estos, se calculaba por el del número de cerdos que eran capaces de albergar. (Fumagalli, V, 1989, pp. 124 y 140).

<sup>2</sup> Las dataciones de C.14 para Bouça de Frade son:

C.S.I.C. - 630  $\neq$  2720 $\pm$ 50 = 770 a.C.

C.S.I.C. - 631  $\neq$  2720 $\pm$ 50 = 770 a.C.

C.S.I.C. - 632  $\neq$  2710 $\pm$ 50 = 760 a.C.

Otras dos dataciones de C.14 son consideradas anómalas por la excavadora. Proceden de muestras de carbón, del

sector IIA, como las anteriores, pero a poca profundidad (-30 cm.) del suelo actual. No obstante, son bastante coherentes entre sí, y pueden reflejar otra ocupación no permanente, acaecida en el tránsito del Ser, al II milenio a.C., cuyos restos han podido ser destruidos por la ocupación posterior,

C.S.I.C. - 629  $\neq$  3970 $\pm$ 50 = 2.020 a.C.

C.S.I.C. - 629 R  $\neq$  3940 $\pm$ 50 = 1.990 a.C.

(Jorge, S.O. 1988a).

Para Portecelo no hay, hasta la fecha, dataciones absolutas publicadas. Basándose en el tipo de cerámica, de «largo borde horizontal» hallada en el mismo, los autores (Vázquez Varela/Cano Pan 1988) proponen una datación en torno al siglo X a.C.

<sup>3</sup> El tamaño y espectacularidad de una muralla, son a veces engañosos. Asimismo lo son los cálculos de inversión de horas de trabajo/hombre. No significa evidentemente lo mismo, una muralla que se construye en un corto espacio de tiempo y con el concurso, voluntario u obligado, de toda la población hábil, que la que se construye lentamente y con una inversión relativamente baja de mano de obra.

De otro lado, recuerdo al lector, que desde la 2.ª guerra Mundial han transcurrido 45 años seguidos sin guerra en Europa, el período de estabilidad más prolongado que se recuerda, desde la de los 30 años, en el siglo XVII.

tégicos, controlando el curso de los ríos, tal vez no sólo para asegurarse el acceso al agua, sino porque son arterias comerciales y de transporte. Así, São Julião (Vila Verde), que domina el curso medio del Cávado, presenta estructuras defensivas y de habitación aún muy simples, con cabañas a base de un zócalo de piedra y muros de materiales perecederos y dataciones de C.14 sin corregir, de  $890\pm 80$  y  $800\pm 60$  B.C. para los niveles I y II respectivamente, en tanto que en Coto da Pena (Caminha), las primeras habitaciones de estructura pétreas están datadas por dos fechas de C.14 con una alta desviación estándar, de  $980\pm 100$  y  $970\pm 110$  B.C. respectivamente (Jorge 1988; Martins 1985 y 1988; Martins/Jorge, en prensa; da Silva 1986).

Este fenómeno parece ser aún más tardío en Galicia, donde el asentamiento de la Edad del Hierro más antiguo documentado hasta el momento, el castro de Torroso (Pontevedra) revela la evolución, a lo largo de sus seis niveles de ocupación, todos del siglo VII a.C.<sup>4</sup>, desde cabañas edificadas con materiales perecederos a otras más sólidas y permanentes, en piedra, en un marco cultural todavía muy enraizado en la Edad del Bronce, y asentado sobre una economía agrícola en la que por la naturaleza ácida de los suelos del Noroeste, ignoramos qué papel jugaba la ganadería, pero que aún se complementa con la recolección (Peña Santos 1987). Sin embargo este carácter plenamente estable del asentamiento, no parece ser un hecho generalizado en la región gallega hasta fechas muy posteriores (Peña Santos, en prensa).

El Centro-Oeste y Suroeste de la Península Ibérica, con excepción del Bajo Guadalquivir, carecen de información reciente y fiable. La mayor parte de los yacimientos de la Edad del Bronce del centro de Portugal, a ambas márgenes del Tajo, donde está bien documentada una previa ocupación Calcolítica con hábitat de carácter permanente, es apenas conocida a partir de excavaciones viejas y poco fiables, o de prospecciones en su mayor parte asistemáticas. Consecuencia de ello, sabemos escasamente a partir de la presencia en muchos de ellos de cerámicas de tipo *Alpiarça* o *Lapa do Fumo*, o de depósitos u objetos aislados en bronce u oro, que pertenecen al Bronce Final e incluso algunos de ellos, por ejemplo aquellos que documentan la presencia de metalurgia de tipo *Baiões-Vénat*, a los momentos más tardíos de este, pero desconocemos aún cuando y cómo comenzaron a ser ocupados (Kalb 1980; Parreira/Monge Soares 1980; Parreira 1983).

De algunos, como es el caso del de Cabeço da Bruxa, (Santarém, Ribatejo) se nos dice que tras la ocupación Calcolítico/Campaniforme del mismo, se registran algunos hallazgos del *Bronce Medio*, si bien tan escasos, que se atribuyen a posibles enterramientos situados en el entorno, aunque no se nos explican las razones de tal interpretación, ni dónde pueden estar localizadas dichas tumbas (Kalb/Höck 1980, p. 92), por lo que parece más lógico considerar tales hallazgos del *Bronce Pleno*, como testimonios de ocupaciones ocasionales del yacimiento durante el período anterior al Bronce Final. Datos polínicos y radiocarbónicos de la región de Alpiarça en el Ribatejo, una de las mejores áreas agrícolas de Portugal, indican cómo ésta se halló frecuentemente inundada durante la Prehistoria, resultando por consiguiente inhóspita para la ocupación permanente. De acuerdo con estos mismos datos, se habrían producido ocupaciones humanas más intensas en torno al 3000/2500, a.C., 1300 a.C. y 600 a.C., mientras que los períodos intermedios corresponderían a subidas del nivel de las aguas (Kalb/Höck 1988)<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Las dataciones radiocarbónicas de Torroso son:

Gr. - 13705 N.I.  $\neq$   $590\pm 30$  a.C.

Gr. - 13706 N.II.  $\neq$   $605\pm 30$  a.C.

Gr. - 13678 N.II.  $\neq$   $565\pm 30$  a.C.

(Peña Santos, A de la 1987).

<sup>5</sup> Braudel (1976, pp. 79 y ss.), señala cómo la colonización de las llanuras en los países mediterráneos, fue un

lento proceso aún inacabado en el siglo XVI, siendo en su mayoría focos de malaria. Todavía en el siglo XIX, referencias a la preferencia de la población por los asentamientos en altura y a la existencia de fiebres intermitentes endémicas, son muy frecuentes en el Madoz o en los relatos de los viajeros románticos por España, (Davilliers, 1945; Madoz 1945, II, pp. 327-8; 1847, VII, pp. 269 y ss.).

Tal modelo concordaría con la reconstrucción que se ha hecho del patrón de asentamiento de algunos hábitats del Bronce Pleno, como los de Sines en Extremadura o Faro, en el Algarve, como ejemplos de una economía itinerante, en la que la población se desplazaría de unas áreas a otras, una vez agotados los recursos del territorio (da Silva/Soares 1981; Gamito 1989). En Neves II (Baixo Alentejo), un poblado de casas rectangulares en piedra, aparentemente ya de la Primera Edad del Hierro, se superpone a un hábitat de fondos de cabaña ovales, con agujeros para postes y metalurgia del Bronce Final (Maia, M.<sup>a</sup> G. P. 1989).

En cuanto a la Extremadura española, la información sobre la posible existencia de poblados y de su estructura, es virtualmente nula (Celestino/Enríquez/Rodríguez, en prensa; Esteban Ortega 1988).

En el Bajo Guadalquivir donde la información, procedente tanto de prospecciones como de excavaciones, es por lo general abundante y fiable, se conocen bastantes yacimientos Calcolíticos y del Bronce Final tartésico, pero muchos menos del Bronce Pleno<sup>6</sup> y del llamado Bronce Tardío. Ello es atribuido, en parte por A. Caro, a fenómenos climáticos, que inciden profundamente en la ocupación del territorio. Así, la serie documentada de descensos del nivel de las aguas del Atlántico a partir del 2000 a.C., indicarían sucesivos períodos de descenso de la pluviosidad, acaecidos entre inicios y mediados de dicho milenio, correspondiendo con un hiatus poblacional tras el Calcolítico. Un segundo momento de descenso del nivel del mar se habría producido entre el 1000 y el 900 a.C., sucediendo a un nuevo momento de descenso de la pluviosidad, para dar paso inmediatamente después, a un lento pero continuo proceso de recuperación, que parece coincidir con la nueva eclosión del poblamiento del Bajo Guadalquivir (Caro Bellido 1989)<sup>7</sup>. De acuerdo con la reciente revisión de Belén/Escacena, (en prensa) se conocerían ocupaciones del Bronce Pleno en Setefilla, (Lora del Río, Sevilla) que se abandona posteriormente para no volver a ser ocupado hasta el siglo IX a.C., Llanete de los Moros, (Montoro, Córdoba) con una primera ocupación Calcolítica y, tras un hiatus del Bronce Pleno y Tardío, para ser nuevamente despoblado hasta el Bronce Final, El Picacho (Carmona, Sevilla), y Lebrija (Sevilla), la cual presenta de acuerdo con Caro (1989), un hiatus en la ocupación con posterioridad al Calcolítico y hasta mediados del II milenio a.C., que documentan una secuencia similar a la del yacimiento cordobés, y finalmente, El Cerro del Berrueco, (Medina Sidonia, Cádiz), ocupado desde la transición del Calcolítico al Bronce, con un vacío de población tras los niveles de «Bronce Tardío», para ser nuevamente reocupado a partir del siglo IX a.C. De esta manera y como Belén/Escacena escriben, a partir del siglo IX a.C. se produciría un auténtico florecimiento demográfico en una región, el Bajo Guadalquivir, hasta entonces prácticamente deshabitada.

La información funeraria o, mejor dicho, la práctica ausencia de información funeraria, es una constante en la región atlántica peninsular, durante gran parte de las Edades del Bronce y del Hierro, y complementa el panorama ya esbozado a partir de los datos habitacionales. Para la cornisa cantábrica, la carencia de información funeraria es absoluta, desde la Edad del Bronce hasta prácticamente la conquista romana. Algo similar podría decirse en el NO donde apenas se conocen en la transición Calcolítico/Bronce, enterramientos en cista, en la tradición metalúrgica campaniforme, aunque ya sin este tipo de cerámica. Estos enterramientos han sido situados por mí misma, siguiendo a Harrison y la idea, admitida en los años 70, de la perduración de la tradición campaniforme, durante la primera mitad del II milenio a.C. (Harrison, R. J. 1974;

<sup>6</sup> Por *Bronce Pleno* entiendo lo que convencionalmente se denomina Bronce Antiguo y Medio.

<sup>7</sup> Llamo la atención sobre el hecho, de que los períodos de subida del nivel del mar en el Suroeste y en el Centro de Portugal, no parecen disentir grandemente.

Ruiz-Gálvez, 1979 y 1984). Hoy sin embargo, las dataciones absolutas para las tumbas de Wessex I y de la Primera Serie de Túmulos Armoricanos, que muestran una metalurgia y orfebrería similares a las nuestras, obliga a reconsiderar y remontar las fechas de estos enterramientos a los siglos iniciales del II milenio a.C. (Briard 1984; Bradley 1984). Con esta excepción, no hay tumbas en el NO hasta época romana, lo que lleva a G. Pereira (1984, p. 283) a escribir: «Diríase que hasta la llegada de los romanos no hubiera muertos en Galicia». Algo similar podría decirse de la vecina región norportuguesa. Así, las únicas posibles evidencias de enterramientos recogidas por da Silva en tal área durante la Edad del Hierro, se reducen a fosas rellenas de cenizas, halladas en ocasiones en el interior de las casas, o pequeñas cistas de piedra, a veces vacías o apenas conteniendo un vaso, fragmentos de otro y algunos carbones, de fechas ya tardías, coetáneas de la llegada de los romanos a la región, como es el caso de las de Ancona. Evidencias todas ellas, como hemos visto, muy poco claras (Silva 1986, p. 303). Esta ausencia de enterramientos se ha querido cubrir en el Noroeste, en ocasiones, acudiendo a datos ambiguos o poco definitorios (Soeiro 1988). Es el caso de las fosas abiertas en el granito descompuesto, lo que en portugués se denomina «saibro» y en gallego «xabre», como las de Tapado da Caldeira, repetidamente interpretadas por S. Jorge como una necrópolis, (Martins/Jorge, en prensa) donde, a falta de restos claros, homogéneos y coherentes de enterramientos y de ajuares, todo hace pensar que se trata de basureros y no de enterramientos. En otras ocasiones se ha argumentado que ciertos monumentos megalíticos podrían haberse reutilizado en época posterior, sobre la base de la presencia, en calidad de hallazgo aislado, de algún fragmento de cerámica u objeto metálico de la Edad del Bronce, aunque, en ausencia de restos humanos asociados, es factible pensar que tales hallazgos podrían tener una explicación más mundana, y no necesariamente funeraria. (Kalb/Höck 1979).

Del estuario del Tajo procede un problemático monumento funerario en falsa cúpula del Bronce Final, el conocido como Roça do Casal do Meio (Calhariz, Sesimbra), en cuyo interior fueron hallados dos inhumaciones, una en la parte SO de la cámara y la otra en una fosa abierta en el extremo NO de la misma, acompañadas ambas por objetos de claro sabor mediterráneo. El ajuar del primer enterramiento está compuesto por un peine de marfil, unas pinzas de bronce y un anillo del mismo material. Los restos de fauna hallados cerca de sus pies, fueron interpretados como una ofrenda funeraria de alimentos. El segundo enterramiento aparecía acompañado por una fíbula de codo de tipo «Pantálica», unas pinzas de bronce y un broche de cinturón (Spindler/Veiga Ferreira 1973). La interpretación del monumento y sus enterramientos es, como decía, problemática, más aún habida cuenta que una trinchera abierta por buscadores de tesoros distorsiona la estratigrafía hasta tal punto que, por ejemplo, no está clara la relación entre los enterramientos y las cerámicas *Lapa do Fumo* y *Alpiarça* halladas en el monumento, o incluso, la propia funcionalidad de éste, el cual parece haber sido erigido y usado con anterioridad a la deposición en su cámara de los dos cadáveres, aunque los excavadores ignoran con qué finalidad, como asimismo desconocen si ambos enterramientos se produjeron o no simultáneamente, puesto que uno de ellos aparece en una fosa abierta en el suelo de la cámara. Todo ello obliga a aceptar la fiabilidad de Roça de Casal do Meio con muchas reservas. Pero incluso si lo hacemos, se trataría de los dos únicos enterramientos conocidos en todo el centro de Portugal, en el Bronce Final. Almagro Gorbea (1986, p. 363), los interpreta como tumbas de raigambre mediterránea, enmarcadas en el ámbito del comercio precolonial y Belén/Escacena (en prensa), en ese mismo sentido, como sepulturas de ocasión. La reciente publicación de un asador articulado, similar a los que en el Occidente atlántico se asocian con la metalurgia de fines del Bronce Final, en una tumba, chipriota, obliga no sólo a reconsiderar su cronología, sino asimismo su origen, y a asociar los hallazgos peninsulares con dicha corriente comercial precolonial, a la vez que a revalorar



el papel del área portuguesa en las rutas entre el Mediterráneo y el Atlántico (Karageorghis/Lo Schiavo 1989; Almagro Gorbea 1989).

Para la Extremadura española, la ausencia de necrópolis es asimismo absoluta a lo largo de toda la Edad del Bronce. De las cistas de Valcorchero (Almagro Gorbea 1977), ignoramos por completo su cronología, ya que carecen tanto de restos humanos, como de cualquier tipo de ajuar. Y aunque ello es algo que en ocasiones, ocurre en las onubenses del Bronce Pleno (Amo 1975), nada nos permite datarlas. En cuanto a las estelas del SO tradicionalmente interpretadas como tumbas, no hay certeza alguna de la existencia de enterramientos asociados o relacionados con ellas. Por el contrario, son frecuentes las referencias a su posición vertical, hincadas en tierra, y aunque no niego su posible significado funerario-conmemorativo, (Thapar, R. 1981) sí niego su condición de cubiertas de unas tumbas, que no están en modo alguno documentadas.

El Suroeste de Portugal fue periodizado por Schubart (1975), básicamente a partir de la documentación funeraria, la mejor y prácticamente única conocida entonces. Esta secuencia ha servido igualmente de base para los hallazgos del Bajo Guadalquivir (Amo 1975; Fernández *et alii* 1976). De acuerdo con la división tripartita de Schubart, habría una primera fase u *Horizonte de Ferradeira*, caracterizado por la construcción de cistas cuasi megalíticas, conteniendo ajuares metálicos campaniformes, pero ya sin cerámica campaniforme, cuya cronología sería paralela a la de la fase A de El Argar. Tras ella se situaría el *Bronce I del SO*, de enterramientos en cista de menores dimensiones y ajuares cerámicos y metálicos relacionables con la fase B de El Argar. Finalmente, el *Bronce II del SO*, representaría el Bronce Final, y aportaría nuevas formas cerámicas y enterramientos cubiertos ahora por las losas alentejanas.

Tras la publicación de los enterramientos de Setefilla y El Berrueco de Medina Sidonia (Aubert *et alii* 1983; Escacena/Frutos 1986; Ruiz-Gálvez 1984 a), con enterramientos tipo «Bronce I del SO.» y cronologías de primera mitad del II milenio a.C.<sup>8</sup>, es evidente que tal periodización debe ser corregida y elevada, de tal manera que el Horizonte de Ferradeira representa la transición Calcolítico/Bronce, y el Bronce I del SO, el comienzo de la Edad del Bronce. De igual forma, el Bronce II del SO no puede datarse en el Bronce Final, como en fechas recientes vuelve a mantener Gamito (1989), porque las armas representadas en las losas alentejanas, alabardas, hachas planas y espadas de tipo argárico, difícilmente podrían haberse grabado en el Bronce Final, cuando hacía siglos que habían dejado de fundirse y usarse. Por ello, El Bronce II del SO no puede ir más allá de lo que convencionalmente se llama «*Bronce Medio*». Tras el Bronce II del SO *no se conocen tumbas en toda la región del Suroeste en el Bronce Final e incluso en la Edad del Hierro son enormemente escasas* (Escacena, en prensa; Belén/Escacena, 1989).

En síntesis, hemos visto a lo largo de este apartado cómo durante la mayor parte del II milenio faltan evidencias de hábitat estable en las distintas regiones del área atlántica peninsular, situación que va a empezar a cambiar paulatinamente a partir del siglo X a.C. en el Norte de Portugal y el SO, las regiones más directamente afectadas ahora, por los contactos atlánticos de fi-

<sup>8</sup> Las dataciones radiocarbónicas para los enterramientos de Setefilla y El Berrueco de Medina Sidonia, son respectivamente:

I-11,070 Setefilla 5  $\pm$  3520 $\pm$ 95 = 1570 a.C.  
(Aubert/Serna/Escacena/Ruiz 1983).

Esta fecha obtenida sobre madera carbonizada, procede del incendio del nivel XIV, que supuso en final del hábitat y proporciona una fecha *ante quem* para el enterramiento.

I-Be-82/B-9  $\pm$  3620 $\pm$ 80 = 1670 a.C.

I-Be-82/A-5  $\pm$  3310 $\pm$ 80 = 1360 a.C. (Escacena/Frutos 1985).

La primera fecha procede de una muestra de carbón vegetal correspondiente a la base del Estrato II, y proporciona una datación *ante quem* para los enterramientos individuales en fosa del Estrato I. La segunda, procede del final del Estrato III, y proporciona una datación asimismo «*ante quem*» para los dos enterramientos en fosa de la parte superior del Estrato II.

nes de la Edad del Bronce, y cómo desde mediados de la Edad del Bronce en la mitad Norte-Atlántica, la que más antiguos contactos marítimos occidentales documenta, y desde fines de la Edad del Bronce en la mitad Sur-Atlántica, deja de haber tumbas arqueológicamente visibles, mientras por el contrario, comienzan a producirse hallazgos de armas en las aguas o en las fisuras de las rocas, característica común a todo el mundo atlántico y que hay que considerar incluido en el bagaje de ideas y creencias, que llegan con el comercio atlántico.

#### ANDANTE CON VARIAZIONE

Los Córpora de objetos metálicos de filiación atlántica realizados recientemente en la Península, (Schubart 1975; Blas 1983; Ruiz-Gálvez 1984; Coffyn 1985; Delibes/Fernández 1983; Fernández 1986) parecen coincidir en situar el auge de las relaciones atlánticas de la Península Ibérica a partir del Bronce Final, limitándose antes de tal momento la extensión y volumen de estas, que afectan única y muy particularmente además, al Noroeste, A partir del Bronce Final, y en especial a partir de aproximadamente el siglo X a.C., la Península Ibérica vuelve a formar parte de las redes comerciales atlánticas, y esta vez de una manera más intensa y amplia.

Hay muchas razones que lo justifican. Entre ellas, cabría destacar las siguientes:

- 1) Los avances tecnológicos, alcanzados antes ya del Bronce Final, pero que van a propiciar ahora los desplazamientos a larga distancia.
- 2) El estímulo para emprender intercambios a larga distancia, basado en parte en el establecimiento de unas redes sociales, ya existentes antes de fines de la Edad del Bronce, pero que están ahora en expansión.

#### 1. *Los avances técnicos*

Ferries y otros tipos de embarcaciones para transporte interior, documentados tanto en los ríos ingleses como en los lagos suizos, reflejan el empleo de una técnica de construcción naval sofisticada y compleja desde, al menos, mediados del II milenio a.C. (MacGrail 1987; Arnold 1985) y no hay razones para pensar que dicha técnica no pudiera aplicarse asimismo para la construcción de embarcaciones destinadas a navegar por mar abierto. Otros requisitos técnicos para la realización de viajes a larga distancia, como conocimientos astronómicos, están atestiguados desde tiempo antes, por la orientación de muchas tumbas y alineamientos megalíticos. (Atkinson 1975; Burl 1980; Heggie 1981; Ruggles/Whittle (eds.) 1981; Broadbent 1983; Ransborg 1984(86); Bradley 1984, pp. 77 y ss). Conocimientos relativos a vientos y corrientes son más difíciles de documentar arqueológicamente, aunque las eddas y sagas escandinavas nos informan de un sistema de navegación no instrumental muy eficiente, no distinto en esencia del que pudo practicarse durante la Edad del Bronce (Casariego 1983; Sturlusson 1983 y 1984). La navegación astronómica parece haber progresado muy poco desde la Antigüedad al siglo XVI, (Thomazi 1985, p. 30) y ello no fue obstáculo para la apertura de las grandes rutas comerciales hacia el Oriente, y para el descubrimiento de las Indias Occidentales. La utilización de animales como ayuda a la navegación, recientemente propuesta para las navegaciones en el Mediterráneo (Luzón/Coín 1986), tampoco debe descartarse para ciertas regiones del Atlántico<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Según información oral del Prof. Almagro Gorbea, los restos de un mono, están atestiguados en un yacimiento irlandés de la Edad del Bronce.

Naufragios, documentados en el Canal de la Mancha en la transición Bronce Pleno/Bronce Final, reflejan indirectamente la existencia de puntos de atraque a ambos lados del Canal, lo que significa a su vez, el previo establecimiento de alianzas que permiten que hombres y mercancías circulen por los distintos territorios (Rowlands 1980).

Todas estas condiciones parecen haberse dado ya con anterioridad al Bronce Final, y haber producido un efecto acumulativo que creó las condiciones necesarias para que pudiera existir unos viajes de largo recorrido y se desarrollara el comercio.

El transporte terrestre sería teóricamente posible también en este momento, puesto que los vehículos con ruedas y el uso de los animales como fuerza de tracción, parecen estar atestiguados en fechas bastante anteriores a las del Bronce Final en ciertas regiones de Europa (Sherrat 1976, 1981, 1983, 1986a & b; Pigott 1984). No obstante, éste estaría en desventaja con respecto al marítimo y fluvial, debido al aumento de los costes de transporte con la distancia (Renfrew 1972). Peacock (1978) estimó el coste del transporte fluvial en época romana, en 4,9 veces más que el marítimo, y el terrestre, entre 28/56 veces más que por mar. De otra parte, es preciso tener en cuenta que la aplicación de la fuerza de tracción del caballo para el transporte pesado es un avance relativamente reciente, que no se produjo antes del siglo X de nuestra era, cuando se introducen las herraduras metálicas y, sobre todo, la collera rígida, que permite respirar libremente al animal a pesar de estar realizando un gran esfuerzo (Hodget 1972; Oakley 1974; Moxó 1979). Asimismo hay que tener en cuenta lo abrupto de la geografía peninsular que tradicionalmente ha actuado como factor limitador de las relaciones entre la periferia y la Meseta, lo que posiblemente, constriñó la penetración del comercio hacia el interior, allí donde no fuese posible combinar el transporte terrestre con el fluvial. Domínguez Ortiz recuerda cómo el vehículo rodado para transporte humano tardó más de un siglo en generalizarse entre la nobleza, debido a los malos caminos y a las difíciles comunicaciones interiores (Domínguez Ortiz 1973).

## 2. *El estímulo para el comercio a larga distancia*

Ese estímulo para empresas de intercambio a larga distancia va a aparecer en el Bronce Final. Muchos autores han resaltado la importancia trascendental del final de la Edad del Bronce, como período de transformación sin el cual no sería posible comprender la evolución de las sociedades de la Edad del Hierro (Coles/Harding 1979; Wells 1984; Bradley 1978, 1984 y en prensa; Collis 1984; Sorensen/Thomas (eds.) 1989). Avances y mejoras en la producción y conservación de alimentos, como la renovación del utillaje agrícola, la primera explotación masiva de la sal, o la introducción en Europa Central y Nórdica, de la *Vicia faba L.* (Jäger/Lozec 1982, p. 173; Harding 1989, p. 176), hecho que evidentemente refleja rotación de cultivos y prácticas conducentes a prolongar la fertilidad de los suelos, han sido asociados en Centroeuropa con períodos de cambio climático, aumento demográfico, migraciones y adaptaciones, en los que el metal jugó un papel importante al proveer de medios más eficientes para la explotación agraria y en general, para prolongar la estabilidad de los asentamientos, (Bouceck 1982; Jäger/Louzeck 1982; Wells 1984; Harding 1984; *Idem* 1989, p. 178; Bradley 1987, p. 253; Thomas 1989, p. 276; Fleming 1989, p. 110). Y tal situación repercutió asimismo en la extracción y circulación del metal, lo que afectó a la economía del mundo atlántico, periferia del centroeuropeo (Barret/Bradley 1980; Rowlands 1980; Sorensen 1989 a). Es también durante la transición del Bronce al Hierro, cuando se introducen una serie de nuevos cultígenos en el Norte de Europa, útiles para la rotación de cultivos y que permiten la diversificación e intensificación agrícola y cuando se produce en gran parte de Europa Noroccidental, la parcelación de las tierras (Harding 1989, p. 177).

Los avances técnicos logrados con anterioridad y la red de relaciones sociales establecidas asimismo desde mediados de la Edad del Bronce entre zonas de frontera entre el mundo continental y el occidental, (Kristiansen 1981; Butler 1986) actúan igualmente como estímulo para estas relaciones. No es casualidad el que, apenas a partir de la transición Bronce Pleno/Bronce Final, comencemos a tener a través de los naufragios en el área del Canal de la Mancha (Muckelroy 1980 & 1981; Coombs 1975), testimonio de empresas de navegación a través del Atlántico. Ello evidentemente no quiere decir que no existan con anterioridad sino que, aún siendo escasos, los naufragios documentados en la transición Bronce Pleno/Bronce Final, reflejan un incremento en las navegaciones y, por ello también, en los naufragios a partir de estas fechas, como consecuencia de un cambio en la organización de las sociedades de la Edad del Bronce. Harding (1984) indica cómo una embarcación es un objeto valioso en sí mismo, debido al número de horas de trabajo invertidas en su construcción, por lo que el hecho de construir, poseer y sostener una embarcación y su tripulación, incluso si ésta fuere reducida y esté constituida apenas por especialistas a tiempo parcial (Muckelroy 1980, p. 108; *Idem* 1981, pp. 244-5), implica el advenimiento de una nueva situación sociopolítica que únicamente puede estar vinculada a un cambio en la forma en que se adquiere prestigio y un lugar preeminente en la escala jerárquica y asimismo a un cambio en el papel y significado del metal dentro de la sociedad, de símbolo de prestigio a medio de competición<sup>10</sup>.

Ahora y no antes, comienza a valer la pena tener en cuenta los recursos minerales y de todo tipo, de la Península Ibérica. Pues es ahora su abundancia lo que resulta decisivo y no, la calidad o rareza de un metal o de cualquier otra materia prima.

## PRESTO

Tal proceso debió producirse de modo gradual, pues la presencia de objetos de sello atlántico y, en menor medida mediterráneos aumenta paulatinamente a partir del siglo XII para alcanzar su punto máximo entre los siglos IX y VIII a.C., momentos estos últimos en los que hacen por vez primera su aparición, en depósitos o en los poblados, una gran diversidad de elementos de carácter simbólico, representativos del varón, y del varón guerrero, como los cascos de Ría de Huelva, Vila Coba de Perrinho (Aveiro), Alvelas (Porto), por no decir los de las estelas. Ganchos y asadores para la carne, arneses de caballo<sup>11</sup> y calderos y otros recipientes en chapa metálica como los de Berzocana o Baiões, (Almagro Gorbea 1977; Ruiz-Gálvez 1984; Silva 1986; Jorge 1988) todos los cuales son indicativos de la llegada, con los sistemas de intercambio y transmitidos por una lengua de comercio, (Sherratt & Sherratt 1987; Helms 1988) de una serie de ideas abstractas y conceptos simbólicos, asociados al guerrero en tanto que «ἄριστος», y al consumo ritual de comida y bebida en ocasiones especiales, en los que el festín pudo usarse para aumentar

<sup>10</sup> R. Thomas (1989, p. 276) destaca cómo, a partir del final de la Edad del Bronce en Inglaterra, el control de la tierra y de la producción pudieron ganar importancia sobre la circulación de bienes de prestigio, al aumentar la densidad poblacional.

<sup>11</sup> Spindler/Veiga Ferreira (1973), indican que uno de los muertos de Roça do Casal do Meio, presentaba una malformación en el fémur, conocida como «*hueso del jinete*», por la forma arqueada de las piernas, que ca-

racteriza a quienes practican la equitación. Aunque otras muchas causas producen dicha deformación del fémur, y no sólo la monta, es un dato que conviene tener en cuenta. Las fálaras y cnémides del depósito catalán de Llavorsí recientemente publicado, (Gallart/Rovira 1990) señalan una segunda vía no mediterránea, de llegada a la Península de elementos y conceptos, en origen mediterráneos.

la sociabilidad, —en este caso entre miembros del mismo grupo de edad o sexo—, pero también, como forma de competir socialmente (Sherratt 1987; Rowlands 1980 & 1984; Bradley 1981 & 1982). Esos cambios que parece se están produciendo en la estructura de la sociedad, están seguramente ligados a la introducción, por esas mismas vías, de innovaciones tecnológicas (Sherratt 1976, 1981 & 1983; y 1986 a & b; Harrison 1985), cuya aplicación a la agricultura pudo traducirse en cambios en los sistemas sociales y de propiedad de la tierra, similares a los que se están produciendo en otras regiones europeas por estas fechas. Barrett (1989 a, p. 124; *Idem* 1989 b; Goody 1973 y 1976) señala cómo en las sociedades con agricultura compleja y uso de arado predomina la endogamia y la costumbre de la dote, de modo que aquella y la propiedad se mantienen indivisas y el poder aparece ligado al control de la tierra y de la fertilidad femenina, lo que claramente implica un sistema competitivo. En relación también con los cambios tecnológicos, podría estar asimismo, la gran cantidad y diversidad de hachas existente en este momento en el NO, de la Meseta y Centro de Portugal. Una somera ojeada al Corpus de hachas de L. Monteagudo (1977; ver también Díaz Andreu 1988), (fig. 3) nos permite constatar cómo cada tipo específico se agrupa en una región particular. Como la explicación de tal fenómeno no parece que pueda ser funcional, cabe pensar que pueda estar ligada al hecho de que, al contrario que los objetos cuya posesión comporta prestigio, las hachas sólo habrían circulado dentro de su propio territorio. Si ello es cierto, tal distribución podría emplearse para individualizar distintas comunidades del Bronce Final.

Aunque es posible que algunas innovaciones tecnológicas ligadas a lo que Sherratt denominó «*revolución de los productos secundarios*» pudieran haber alcanzado la Península Ibérica durante el Calcolítico, (Criado/Fábregas 1989, p. 693; Sanches 1989<sup>12</sup>), éstas parecen perderse y no volver a reintroducirse hasta fines de la Edad del Bronce, esta vez seguramente con más éxito, pues se traduce en una progresiva sedentarización de la población.

Son desgraciadamente escasos los datos de macrorrestos que poseemos para la región occidental de la Península Ibérica (Vázquez Varela/Aira Rodríguez 1988). No obstante, algunos procedentes de castros portugueses de la transición Bronce/Hierro permiten pensar en la introducción de ciertas innovaciones, que favorecen ocupaciones más permanentes de los asentamientos. Es este el caso de Coto da Pena, castro amurallado durante el Bronce Final, sito en la confluencia de los ríos Coura y Miño. A estos niveles corresponden cerámica y moldes de fundición *tipo Baiões*, datados por una fecha de C.14 en  $980 \pm 100$  a.C., y asociados a una hoz tipo Rocanes y a *Vicia faba*, a la vez que restos de un conchero, que indican complemento de la dieta por medio de la recolección. En estos mismos niveles de Bronce Final, están atestiguadas actividades de molienda, hilado, fundición, recolección de moluscos, recolección de bellotas, caza de cérvidos, cría de bóvidos, ovicaprinos, équidos y suideos, así como el cultivo del trigo, (*Triticum aestivum* L.) y *guisantes*, amén de la ya mencionada haba. Mientras Coto da Pena parece ocuparse ininterrumpidamente, desde el Bronce Final a la Edad Media, el castro de Baiões, donde también están presentes las *leguminosas*, como el haba y el guisante, además de diversas clases de cereales como el mijo, la cebada, (*Hordeum vulgare* L.) y el trigo, (*Triticum compactum* host, var. globiforme),

<sup>12</sup> M.<sup>a</sup> J. Sanches publica recientemente, varias dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Buraco da Pala, (Passos, Mirandela, Portugal) una de las cuales, (Icen 310) fue obtenida sobre restos de *Vicia faba*. Son las siguientes:

ICEN 308  $\neq$   $4400 \pm 50$  = 2.450 a.C.  
ICEN 310  $\neq$   $4120 \pm 80$  = 2.170 a.C.

ICEN 311  $\neq$   $4120 \pm 50$  = 2.170 a.C.

ICEN 309  $\neq$   $4730 \pm 160$  = 2.780 a.C. (Sanches, 1989)

Estas dataciones, parecen plantear no obstante, dudas en cuanto a su fiabilidad. (Por comunicación oral del Dr. Fábregas).

parece abandonarse a fines de la Edad del Bronce. Es cierto que las leguminosas son de origen mediterráneo, y no necesariamente tienen que haber llegado a la región por vía atlántica, tanto más cuanto que, aunque no abundantes, conocemos elementos de origen mediterráneo y crono-

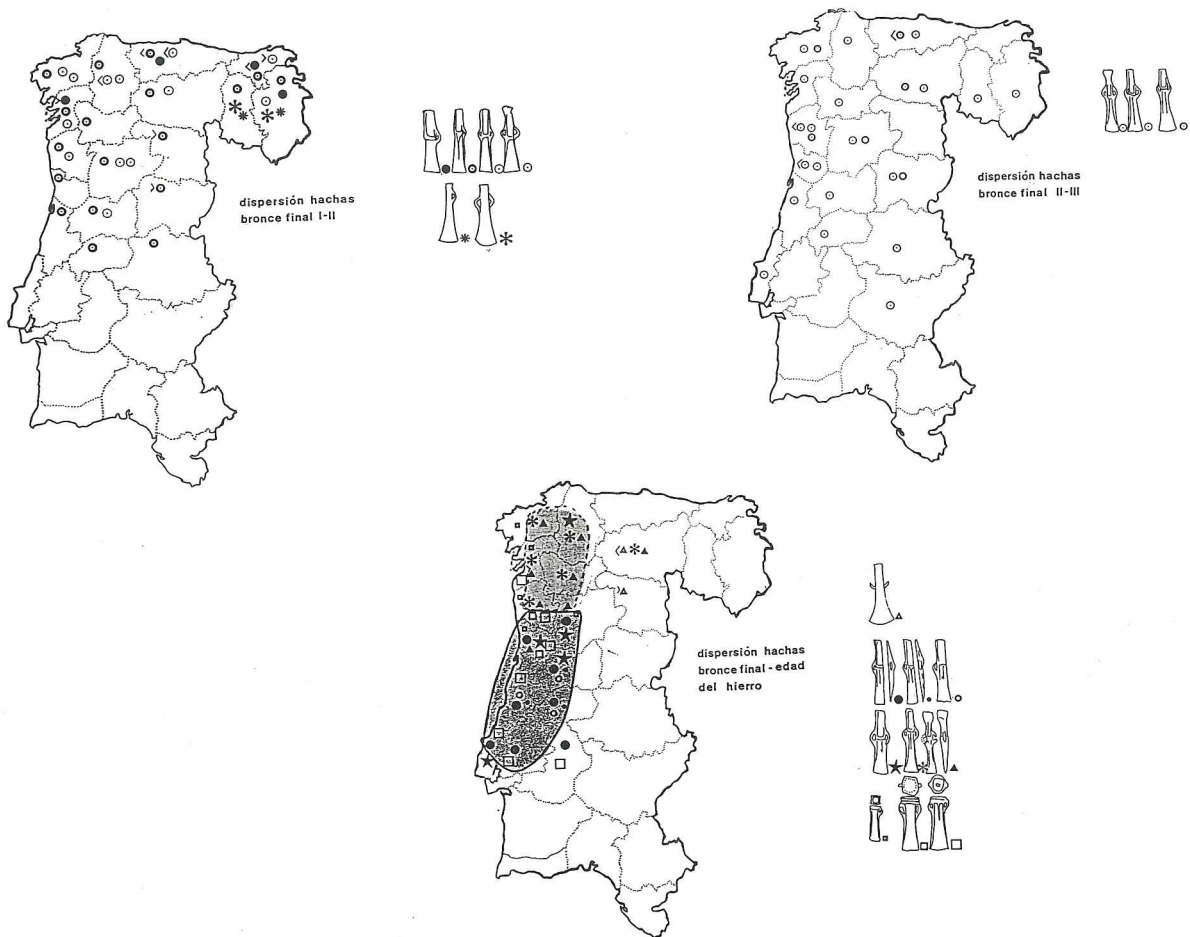


FIG. 3. *Dispersión de la hachas del Bronce Final en la Meseta y el Occidente de la Península Ibérica, según Montea-gudo 1977 y Díaz Andreu 1988.*

logía antigua en la región (Almagro Gorbea 1989). Pero también lo es, que en el SO de Inglaterra aparece documentada el haba a mediados del II milenio a.C. en Holme Moor, en un momento en el que la substitución de las casas de madera por las de piedra indica una cierta intencionalidad de permanencia en el área (Fleming 1989, p. 110). Es posible también, que algunos

de los elementos, mediterráneos en origen, como cascos, armaduras, ganchos para la carne, etc. y con ellos los conceptos y formas de vida que implican, puedan haber sido transmitidos al Occidente desde Centroeuropa, y no directa, o únicamente, desde el Mediterráneo, pues cascos, escudos o ganchos por ejemplo, se conocen en Europa Occidental con anterioridad a las fechas generalmente admitidas para estos en la Península Ibérica (ver por ejemplo Mohen 1977, p. 122 o Jockenhövel 1974, p. 331), por lo que cabe pensar que, no todos los elementos, innovaciones e ideas, mediterráneas en última instancia, hayan tenido que llegar al Occidente Peninsular, a través de las navegaciones precoloniales de la transición al I milenio (véase nota 11, abajo).

En apoyo de la llegada por vía atlántica de innovaciones tecnológicas, que permitieron por primera vez asentamientos estables en la zona Centro-Norte de Portugal, aquella más directamente afectada por el comercio atlántico, estaría el hecho de que en aquellos yacimientos que perduran durante la Edad del Hierro, el tipo de economía existente a fines de la Edad del Bronce se conservó hasta prácticamente la romanización, no obstante estar documentados en muchos de ellos cerámica de barniz rojo, griega y precampaniense, que indican contactos con el Sur. Los instrumentos agrícolas prerromanos son escasos, y la fundición local del hierro no está documentada hasta los inicios de la conquista y romanización de la región (Silva 1986, pp. 134, 170, 174-5). Es decir, que el área Centro-Noroccidental conservó hasta época de la conquista romana, las formas de vida adquiridas en el momento de máximos contactos atlánticos, durante el Bronce Final. Y este patrón, como veremos, se repite nuevamente en otras regiones de la Península, bajo influencia atlántica.

Es interesante resaltar en ese sentido, que las primeras estructuras permanentes de habitación conocidas en el Occidente de la Meseta, las de la cultura del Soto, aparecen asociadas a una metalurgia de sello atlántico y cronología tardía, que representan una total ruptura frente al mundo de Cogotas I anterior, y que indican permanencia, hecho únicamente explicable por la práctica de unas técnicas de cultivo que permiten conservar la fertilidad del suelo. Por decirlo de otra manera, que la «revolución de los productos secundarios», llegada desde el occidente peninsular por las mismas vías por las que el metal y otros productos se intercambiaban, permite por primera vez la ocupación estable de la Meseta Occidental y con ello, la aparición de empalizadas y murallas que delimitan el acceso restringido a la propiedad. Ahora, además de la metalurgia, otro rasgo hermana esta región con la zona atlántica, la ausencia de enterramientos arqueológicamente reconocibles, y aunque a Delibes/Romero no parezca caberles duda de que las gentes de Soto debieron practicar la incineración (Delibes/Romero en prensa), nada nos prueba que así fuera. Cabe destacar que aunque esta ausencia de tumbas no es extensible al período subsecuente, sí son muy escasos, no obstante, los enterramientos de la 2.<sup>a</sup> Edad del Hierro en la mitad Occidental de la Meseta, y totalmente desconocidos en la cultura zamorana de los castros.

En el Noroeste peninsular, el comienzo del asentamiento estable y permanente en los yacimientos no es anterior a la Edad del Hierro. Con anterioridad a este momento, Criado/Fábregas (1989) plantean la posibilidad de la existencia de un proceso de intensificación agrícola, incluyendo el empleo del arado ligero y del abonado, en el tercer milenio a.C., si bien, aunque ello fue así, por agotamiento o deterioro de los suelos, tal proceso debió fracasar, pues desde inicios del II milenio, y hasta inicios del I a.C., la ausencia de datos funerarios y de asentamiento dejan pensar en el retorno a un patrón de vida móvil e inestable. Nuevamente, aunque algunos escasos hallazgos cerámicos y metálicos permiten deducir contactos con el mundo del SO durante la Edad del Hierro, la cultura castreña gallega conserva hasta la llegada de los romanos una forma de vida substancialmente igual desde sus momentos formativos, claramente enraizados en el Final de Edad del Bronce (Peña Santos, en prensa).

Evidentemente, este no es el caso del SO, que experimenta una transformación clara con la llegada de colonos mediterráneos que, aquí sí, permite trazar netamente las fronteras entre el mundo del Bronce Final, y la época prerromana. Nuevos animales, nuevos cultivos y nuevas técnicas, se introducen a inicios de la Edad del Hierro y ello, mucho más que ese metal en sí mismo, marca el advenimiento de una nueva era y el final de la anterior. Incluso se atribuye a influencia fenicia, no sólo el aumento del número de bóvidos en la fauna de los yacimientos tartésicos, sino también su mayor alzado (Amberger 1985).

No obstante, en fechas recientes, J. L. Escacena (1989; Belén/Escacena, en prensa) ha formulado una hipótesis enormemente provocativa, tanto en el sentido español como en el inglés del término, según la cual la fuerte y singular personalidad de los Turdetanos frente a otros pueblos iberos, se explicaría porque aquellos estarían cultural, étnica y lingüísticamente emparentados con el mundo atlántico del Bronce Final. Argumenta que antes del período colonial no se conoce una tumba en la región, pauta que la asimila a las demás áreas atlánticas, como asimismo el frecuente hallazgo de armas, especialmente espadas, en las aguas, y ciertamente, su más evidente ejemplo es la Ría de Huelva, seguramente no un pecio, sino un lugar ritual (Ruiz-Gálvez 1982 y en preparación). Por tanto, de acuerdo con Escacena, las nuevas inhumaciones e incineraciones que se ven aparecer a partir de la fase colonial, necesariamente han tenido que ser introducidas y no por fenicios, cuyos rituales funerarios son totalmente diferentes a los conocidos en el Bajo Guadalquivir, sino por colonos agrícolas de origen sirio-palestino, hipótesis, por cierto, ya anteriormente formulada (González Wagner 1984). Esta élite colonial a quien tal vez haya que atribuir edificaciones monumentales como Cancho Roano, (Celestino/Enríquez/Rodríguez, en prensa) sería la enterrada en las tumbas de La Joya o Carmona, y quien consume los objetos de lujo de que le proveen los comerciantes fenicios. Por ello ni existirían auténticas necrópolis turdetanas, ni, contrariamente a los demás iberos, representaciones de deidades en la región. Y ello explicaría también, según este autor, la rápida romanización y adopción del latín y del Panteón romano en la región, pues su población nativa se hallaría lingüística e ideológicamente más cercana a los romanos, que hablaban una lengua indoeuropea.

Resumiendo, lo que he propuesto en este apartado ha sido la aparición en el Bronce Final y coincidiendo con la presencia de un comercio externo, de cambios en la estructura de la sociedad y en la posesión de la tierra, asociados a la llegada de nuevos cultivos y tecnología, tal vez entre ellos el arado y las leguminosas, que se reflejan en la emergencia de la figura del ἀριστος en cuanto que cabeza de la comunidad, dentro de un sistema competitivo evidenciado en la aparición del equipo del guerrero y del guerrero a caballo, y en el ritual funerario, a través del cual, espadas y lanzas, símbolos por excelencia del ἀριστος (Ruiz-Gálvez, 1982), se depositan tal vez junto con el muerto (Bradley/Gordon 1988), en las aguas de los ríos, fronteras entre el mundo de los vivos y el de los muertos, pero también entre territorios y a la vez, vía estratégica de penetración desde la periferia al interior de la Península.

Tales adquisiciones, cuyos rasgos definitorios permiten emparentar la fachada atlántica peninsular con el comercio del Occidente europeo más que con el precolonial, se conservan invariables hasta la llegada de los romanos, salvo en el SO que, según Escacena, sufre una colonización semita del interior del país, que no afecta sin embargo a la población indígena, la cual sigue perteneciendo lingüística e ideológicamente a la órbita atlántica.

#### FINALE

Como se ha señalado más arriba, la ausencia de tumbas y los hallazgos de armas emblemáticas en ríos o entre lajas rocosas, son fenómenos comunes al área atlántica durante el final de la



Edad del Bronce (Bradley en prensa; Ruiz-Gálvez 1982). Y, si Belén/Escacena están en lo cierto respecto al mundo turdetano, esa ausencia se prolonga durante parte o incluso, toda la Edad del Hierro en la región. Ya hemos visto cómo esa ausencia es absoluta en el NO. La zona más occidental de la Meseta, el foco zamorano, poco celtiberizado y muy cercano al mundo del NO, presenta una pauta similar (Esparza 1986, p. 376), y en el centro de la cuenca del Duero no existen tampoco hasta la Segunda Edad del Hierro, momento de «celtiberización» de la región. Para el Centro y SO de Portugal, se ha alegado que la ausencia de datos funerarios fiables, se debe a la escasa y antigua documentación que se maneja (Silva 1986, pp. 302-3; Judice Gamito 1988). La explicación puede ser más bien, que simplemente no los hay. Esta escasez e incluso total ausencia es un rasgo perceptible también en el área bretona durante la primera Edad del Hierro (Briard 1981) y en el Sur de Inglaterra durante el mismo período (Bradley 1984).

Los datos funerarios vienen a coincidir con la excepción ya comentada del SO, con los habitacionales y a resaltar la continuidad en las tradiciones y formas de vida desde fines de la Edad del Bronce hasta la llegada de los romanos. En fechas muy recientes Almagro Gorbea (en prensa) ha insistido en el hecho de que el Lusitano parece relacionarse con un substrato precéltico, al que se asociarían la ausencia de tumbas, los hallazgos en las aguas y los cultos a las fuentes y peñas, todos ellos documentados ampliamente en la Europa atlántica (Bradley en prensa).

El Lusitano, que Untermann (1987) considera un dialecto del celta, pero que Tovar (1987) y Gorrochategui (1987) creen arcaico y precelta, era la lengua dominante en el área entre el Tajo y el Duero, en el Centro-Norte de la actual Portugal, aquella región que, precisamente, ofrece las fechas más antiguas para el inicio de un hábitat estable y una mayor incidencia del comercio foráneo (Figs. 2 y 3). Con el Lusitano, por otro lado, parecen estar relacionadas la antroponimia y teonimia de Gallaecia (Pereira en prensa), cuyos habitantes de acuerdo con Estrabón, carecían al igual que los Turdetanos, de toda representación de deidades. Otros elementos lingüísticos permiten emparentar a los pueblos del occidente de la Meseta, vacceos, vettones y carpetanos, con los Lusitanos (Almagro Gorbea, en prensa). Ello plantea una contradicción, tanto desde el punto de vista lingüístico como arqueológico, con las explicaciones tradicionalmente defendidas sobre el origen de las lenguas indoeuropeas de la Península Ibérica, puesto que el Lusitano, más arcaico que el Celtíbero, se localiza en un área mucho más Occidental, lo que difícilmente explica la dirección de llegada, desde los Pirineos y por tanto de Este a Oeste, tradicionalmente defendida para todas estas lenguas. Nuevos intentos de síntesis (Almagro Gorbea en prensa) no son capaces de ofrecer una explicación clara y convincente.

En una de sus últimas publicaciones, Tovar (1987) se planteaba una hipotética relación del Lusitano que él consideraba indoeuropeo y precéltico, con algunas de las lenguas celtas insulares (Británico, Córnico, Címrico o Galés, Bretón y Gaélico) y la llegada del Lusitano por vía atlántica, a través de emigrantes o invasores. Aquí lo que planteo es su llegada, tal vez como lengua de comercio, en el ámbito de unas relaciones comerciales crecientemente intensas por cuya vía, mucho más que manufacturas y objetos de prestigio, llegaron *nuevos conocimientos tecnológicos*.

Naturalmente, no es posible establecer comparaciones entre el Lusitano, una lengua de la que poseemos muy pocos testimonios y que desaparece con la romanización, y las lenguas celtas insulares, conservadas fundamentalmente a partir de manuscritos medievales. No obstante, Lockwood (1972) alega la existencia de estrechas relaciones entre el Británico y el Galo hablado en Bretaña. Ello explicaría porqué, cuando los británicos emigran en el siglo VI, expulsados por la presión ejercida sobre ellos por los sajones, se dirijan hacia Bretaña, atraídos por una población muy similar y que, probablemente aún conservaba una lengua, el Galo, muy semejante a la hablada por los emigrantes. Es preciso recordar que la mayoría de los especialistas reconoce de he-

cho similitudes entre el Galo y el Británico (Renfrew 1987, p. 231). Como las lenguas celtas insulares sobrevivieron gracias a que sus pobladores fueron poco o nada romanizados, y como tampoco hay evidencias claras de invasiones o migraciones durante los períodos de C.U., Halls-tatt y La Tène (Collis 1984), cabe preguntarse desde cuándo se hablaban en las Islas Británicas tales lenguas, tan cercanas al menos alguna de ellas, a la que se hablaba en la vecina Bretaña y que tal vez, aún se conservaba en el siglo VI de nuestra era.

Un argumento en contra de la hipótesis que aquí se defiende, es la perduración en tierras del E. de la Meseta de topónimos que, como *páramo*, conservan la *p* inicial, arcaísmo que diferencia al Lusitano, lo que vendría a apoyar la tesis tradicionalmente defendida, de su llegada a través de los Pirineos<sup>13</sup>. Pero si recordamos que, aunque escasos, hay elementos de metalurgia atlántica en las zonas más orientales de la misma, puede pensarse que estos llegaron traídos por comerciantes del área occidental. Recuerde el lector que no es necesaria una implantación humana profunda, continuada y numéricamente abundante para que una lengua, especialmente una llegada por vía comercial, deje en otras huellas perdurables. Y al contrario, casos históricos demuestran cómo varios siglos de colonización de una nación sobre otra, no ha dejado demasiadas huellas en la lengua de la comunidad colonizada.

Hay dos ejemplos muy claros, desde el punto de vista histórico, de cuanto digo. De lo primero, es decir, de las huellas de una lengua en otra sin que haya mediado migración, invasión, colonización o cualquier otro proceso que implique una presencia humana masiva y prolongada, es la influencia del portugués en la lengua malaya, la más importante de las habladas en el conjunto de las aproximaciones 13.677 islas que hoy forman la República Indonesia, pero también en otras lenguas menores, como el javanés, sondanés o madurés (de Araujo Oliveira, 1975)<sup>14</sup>. La actual población de la República Indonesia está formada por malayos, papúas, chinos, indios y descendientes de holandeses y portugueses, estos últimos especialmente en la isla de Timor. La primera visita portuguesa a esta zona del sureste asiático, se produjo con Vasco de Gama en 1498, para empezar a frecuentarla asiduamente, a partir de la expedición de Diego de Sequeira a Malaca en 1509. Desde entonces hasta que en 1641, 130 años después aproximadamente, ceden el control a los holandeses, salvo en la isla de Timor, que conservarán como colonia hasta años recientes, no hubo un intento de dominación de la población, sino apenas de instalación de factorías comerciales cerca de la costa, y de monopolio del tráfico naval de las especias, hasta entonces en manos de los comerciantes musulmanes. Sin embargo, la huella del portugués y en menor medida, del español, en el idioma y hasta en algunas costumbres, ha llegado a nuestros días, a pesar del prolongado dominio lingüístico y cultural del holandés y en época más cercana, del inglés.

He aquí una pequeñísima muestra de lusitanismos e hispanismos conservados en malayo:

MALAYO	PORTUGUÉS	ESPAÑOL
advent	advento	adviento
almari	armario	armario
altar	altar	altar
amato	amo te	te amo
bandeja	bandeja	bandeja

<sup>13</sup> Crítica del Prof. Almagro Gorbea, quien tuvo la amabilidad de leer el primer borrador de este texto.

<sup>14</sup> La autora desea expresar su más vivo agradecimiento al Sr. Robert Kusumohadi, de los servicios culturales e información de la Embajada de Indonesia en España, por su amable acogida y valiosa ayuda.

MALAYO	PORTUGUÉS	ESPAÑOL
bendeira	bandeira	bandera
coklat	chocolate	chocolate
farinya	farinha	harina
kasterol	cassarola	cacerola
keseu	queijo	queso
komida	comida	comida
jandela, jendela	janela	ventana
lemon	limão	limón
lenso	lenço	lienzo
mai	mãe	madre
martelo	martelo	martillo
nyora	senhora	señora
padri	padre (sacerdote)	padre (sacerdote)
pai	pai	padre
papinyo	pepino	pepino
patata	batata	patata
sibola	cebola	cebolla
sinyo	senhor	señor
soldatu, serdatu	soldado	soldado
tamate	tomate	tomate
tela	telha	tela
terigo	trigo	trigo
tukar	trocar	trocar
vara, wara	vara	vara

Llamo la atención sobre el hecho de que muchas, de las palabras arriba recogidas hacen referencia a cultivos, bien americanos o bien mediterráneos, nuevos en el área. Naturalmente, ello se debe, no a los 130 años de dominio relativo de estas islas por parte de los portugueses, sino a los más de 400 años durante los cuales el portugués fue la principal lengua de comercio del lejano Oriente en general.

Hasta el siglo XIX y a pesar de la presión holandesa, que en ocasiones les obligó a cambiar de religión y de apellidos, se conservó cerca de Yakarta una comunidad de *mardijkers*, o mestizos y esclavos emancipados, originarios de la India, que sólo hablaban la lengua franca, eran católicos y vestían a la portuguesa.

Hubo tres tipos de portugués en el Lejano Oriente:

*Portugués literario*, hablado por nobles, oficiales, miembros de la Administración, soldados, mercaderes y marineros. Los misioneros holandeses, daneses e ingleses, tuvieron que valerse de él para su predicación en el área.

*Portugués semicriollo*, hablado por los nativos lusitanizados.

*Portugués secundario*, degeneración del idioma luso, usado ocasionalmente por nativos, (Araújo de Oliveira, 1975; Dupuis 1972; Devillers/Cayrac Blanchard 1970).

El ejemplo contrario lo ofrece el caso de la colonización española de las islas Filipinas, donde, tras cerca de 340 años de presencia, quedó la religión pero no la lengua, mientras que en pocos años de colonización, los E.E.U.U. impusieron la suya como lengua universal en el archipiélago. La causa radica en la escasa población española en la colonia y en el sistema de explotación de la misma, tras su conquista por Legazpi, a base de encomiendas en manos de los escasos colonos españoles, que utilizaban a los cabezas de comunidad como intermediarios, por lo que sólo una

minoría aristocrática, descendiente de españoles o de mestizos, hablaba el español. Esta minoría social y económicamente poderosa, ha conservado hasta hoy el español como reliquia distintiva de su casta y de su posición social. Los tagalos se mantuvieron como comunidad separada, con sus propias leyes y magistrados, y fueron cristianizados por misioneros, franciscanos principalmente, que aprendieron tagalo y predicaron en su lengua. Son frecuentes, en la abundante correspondencia de los siglos XVI y XVII de misioneros y administradores de la colonia, las referencias a la escasez de población castellana en la misma, y a la indefensión de ésta ante una posible amenaza de invasión nipona (Sola 1980).

Ello prueba como veíamos, que ni una prolongada «ocupación» de un territorio garantiza una perduración lingüística aunque evidentemente queden huellas en el idioma ni por el contrario, una frecuentación meramente comercial es inconveniente para que estas huellas indelebles, queden en el lenguaje de las poblaciones con las que los comerciantes entraron en contacto. Es necesario recordar, también, que unos contactos comerciales intensos y continuados, implican incluso cuando no se persigue la conquista o colonización del territorio, la llegada e instalación de grupos humanos, ciertamente reducidos pero enormemente activos e influyentes en el seno de la comunidad en la que se asientan y de ello hay ejemplos históricos sobradamente conocidos (Ruiz-Gálvez, Priego, en prensa).

A lo largo de estas páginas he defendido la idea de que el Lusitano ha podido llegar por vía atlántica y no pirenaica, como lengua de comercio de una comunidad comercial y cultural atlántica. He defendido también el que con ella, mucho más que manufacturas aunque también las hubo, llegaron innovaciones tecnológicas e ideológicas, algunas de ellas mediterráneas en origen pero no necesariamente venidas por tal vía que transformaron la sociedad atlántica peninsular, la cual conservó inalteradas tales características hasta la llegada de los romanos.

Es muy posible que como vimos en el caso del portugués del SE asiático y del español de las Filipinas, el lusitano no fuera hablado por toda la población sino únicamente por los integrantes de las capas sociales superiores, quienes pudieron usarla no sólo para comerciar, sino como elemento ideológicamente diferenciador.

Lo que hemos visto en este trabajo es en realidad sólo un episodio de un proceso de mucha más larga duración, el de las comunicaciones marítimas a lo largo del atlántico, fenómeno que viene produciéndose al menos desde época megalítica, que propició el que, cuando ciertos elementos se concitaron, se produjera una intensificación de las relaciones lo suficientemente importante, como para que dejara una huella profunda en las poblaciones.

Ciertamente es difícil saber qué canción podría cantar el tripulante del barco mercante que, en el tránsito del segundo al primer milenio, ponía proa hacia nuestras costas, o el que, con su carga al hombro o a lomos de caballerías, recorría las veredas y caminos del interior del país, pero de lo que sí estoy convencida es de que cantaba esa canción en una lengua indoeuropea y de que ésta no sonaba muy diferente de la que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Lusitano.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M., 1977: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Madrid, Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV.
- 1986: «Bronce Final y Edad del Hierro». (La formación de las etnias y culturas prerromanas). En F. Jordá - M. Pellicer - P. Acosta - M. Almagro Gorbea: *Historia de España I: Prehistoria*. Madrid, ed. Gredos.
- 1989: «Arqueología e Historia Antigua. El proceso Orientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo». *Anejos de Gerion* n.º II.
- En prensa: «Los celtas en la Península Ibérica».
- AMBERGER, G., 1985: *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*. München.
- AMO, M. DEL, 1975: «Enterramientos en cista de la provincia de Huelva». En *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, ed. Nacional.
- ARAUJO OLIVEIRA, A. DE, 1975: *A influência da cultura e da lingua portuguesas na Indonésia*. Vila Nova de Famalição.
- ARNOLD, B., 1985: «Navigation et construction navale sur les lacs suisses au Bronze Final», *Helvetia Archaeologica* 16, 63/64.
- ATKINSON, R. D. K., 1975: «Megalithic astronomy — a prehistorian's comments—», *Journal for History of Astronomy* 6.
- AUBET, M.ª E. - SERNA, M.ª R. - ESCACENA, J. L. - RUIZ, M. M.ª, 1983: *La Mesa de Setefilla, (Lora del Rño, Sevilla)*. Excavaciones Arqueológicas en España n.º 122.
- BARRETT, J., 1989a: «Food, gender and metal; questions of social reproduction». En M. L. Stig Sørensen - R. Thomas, (eds); *The Bronze Age/Iron Age transition in Europe*. B.A.R. I.S. n.º 483.
- 1989b: «Time and tradition; the ritual of everyday life». En H-Å Nordström - A. Knape (eds.); *Bronze Age Studies. Transactions of the British-Skandinavian Colloquium in Stockholm*. May 10-11 1985, Stockholm, Historiska Museum Studies n.º 5.
- BARRETT, J. - BRADLEY, R. (eds.), 1980: *Settlement and society in the British Later Bronze Age*. B.A.R. B.S., n.º 83.
- BATAILLON, M., 1953: *Erasmus y España*, Méjico, Fondo de Cultura Económica.
- BELÉN, M.ª - ESCACENA, J. L., En prensa: «Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental», *Actas del Congreso sobre Paleontología de la Península Ibérica*, Madrid, Diciembre de 1989.
- BLAS CORTINA, M. A., 1983: *La Prehistoria reciente en Asturias*. Oviedo, Estudios de Arqueología Asturiana n.º 1.
- BLAS CORTINA, M. A. - FERNÁNDEZ MANZANO, J., En prensa: «Asturias y Cantabria en el Primer Milenio a.C.» *Actas del Congreso de Paleontología de la Península Ibérica*, Madrid, Diciembre de 1989.
- BOUCECK, J., 1982: «Climatic change and Central European Prehistory». En A. Harding (ed.): *Climatic change in later Prehistory*, Edimburgh, E.U.P.
- BRADLEY, R., 1978: *The prehistoric settlement of Britain*. London, Routledge and Kegan Paul.
- 1981: «Economic growth and social change: two examples from prehistoric Europe». En A. Sheridan - G. Bailey (eds.): *Economic Archaeology Towards an integration of ecological and social approaches*. B.A.R. I.S. n.º 96.
- 1982: «The destruction of wealth in later Prehistory», *MAN* n.º 17.
- 1984: *The social foundations of prehistoric Europe*. London, Longman.
- 1987: «Stages in the chronological distribution of hoards and votive deposits». *Proceedings of the Prehistoric Society*.
- En prensa: *The passage of arms; an archaeological analysis of prehistoric hoards*. Cambridge, C.U.P.
- BRADLEY, R. - GORDON, K., 1988: «Human skulls from the river Thames, their dating and significance», *Antiquity* 62.
- BRAUDEL, P., 1976: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 2 Tomos.
- 1985 *La dinámica del capitalismo*. Madrid, Alianza Editorial.
- BRIARD, J., 1981: «Urnes et «champs d'Urnes» en Bretagne. En H. Lorenz (ed.): *Studien zur Bronzezeit. Festschrift für W. A. von Brunn*. Mainz/Rhein, Ph., von Zabern.
- 1984: *Les tumulus de L'Armorique*, Paris, ed. Picard.
- BROADBENT, N., 1983: «Too many chiefs and not enough indians». En B. Sjernquist (ed.): *Struktur och förändring i bronsalderns samhälle*. Report series n.º 17, Inst. of Arch. Univ. Lund.
- BURL, A., 1980: «Science or symbolism; problems of Archaeo-Astronomy. *Antiquity* 54.
- BUTLER, J., 1986: «Drowen: end of a «Nordic rainbow»?». *Palaeohistoria* 28.
- CANO PAN, J. A. - VÁZQUEZ VARELA, J. M., 1988: «Portecelo, un yacimiento de la Edad del Bronce. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 28, Actas del Coloquio de Arqueología del Noroeste.

- CARO BELLIDO, A., 1989: «Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Medio en el Bajo Guadalquivir». En M.<sup>a</sup> E. Aubet (coor): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, AUSA.
- CASARIEGO CÓRDOBA, A. y P., 1983: *Prólogo a la edición española de La Saga de los Groenlandeses y la Saga de Eirik el Rojo*. Madrid, Siruela.
- CELESTINO, S. - ENRÍQUEZ, J. J. - RODRÍGUEZ, A., En prensa: «Paleontología del área extremeña». *Actas del Congreso sobre Paleontología de la Península Ibérica*. Madrid, Diciembre de 1989.
- COFFYN, A., 1985: *Le Bronze Final Atlantique*. Paris, ed. Picard.
- COLES, J. - HARDING, A., 1979: *The Bronze Age in Europe*. London, Methuen.
- COLLIS, J., 1984: *The European Iron Age*. London, Batsford.
- COOMBS, D., 1975: «The Dover harbour bronze find - a Bronze Age wreck?». *Archaeologia Atlantica*, 1.
- CRIADO, F. - AIRA, M. - DÍAZ-FERROS, A., 1986: *La construcción del paisaje. Megalitismo y ecología en la sierra de Barbanza*. Santiago, Xunta de Galicia.
- CRIADO, F. - FÁBREGAS, R., 1989: «The megalithic phenomenon of northwest Spain, Main trends». *Antiquity* 63: 242.
- CURTIN, Ph. D., 1984: *Cross-cultural trade in World History*. Cambridge, C.U.P.
- DAVILLIERS, BARÓN, Ch., 1945: *Viaje por España*. Madrid, ed. Castilla.
- DELIBES, G. - FERNÁNDEZ MANZANO, J., 1983: «Calcolítico y Bronce en la provincia de León», *Lancia* I.
- DELIBES, G. - ROMERO, F., En prensa: «La Meseta Norte». *Actas del Congreso sobre Paleontología de la Península Ibérica*. Madrid, diciembre de 1989.
- DEVILLERS, P. H. - CAYNAC-BLANCHARD, F., 1970: *Indonésie*. En *L'Histoire du XX<sup>e</sup> siècle*, T.<sup>o</sup> I.<sup>o</sup> París, Sirey.
- DÍAZ ANDREU, M., 1988: «El análisis discriminante en la clasificación tipológica. Aplicación a las hachas de talón de la Península Ibérica». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 54.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., 1973: *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, Alianza Editorial. Historia de España Alfaguara. Colección Alianza Universidad n.<sup>o</sup> 42.
- DUPUIS, J., 1972: *Singapour et la Malaisie*. París, P.U.F.
- ESCACENA, J. L., 1989: «Los Turdetanos o la recuperación de la identidad perdida». En M.<sup>a</sup> E. Aubet (coor): *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell, AUSA.
- ESCACENA, J. L. - DE FRUTOS, G., 1985: «Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco», (Medina Sidonia, Cádiz). *Noticiario Arqueológico Hispano* 24.
- ESPARZA, A., 1986: *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de estudios zamoranos de la Diputación de Zamora.
- ESTEBAN ORTEGA, J., 1988: «El yacimiento protohistórico de «El Cerro de la Muralla»» (Alcántara-Cáceres): Hallazgos metálicos». En G. Pereira Menaut (ed.): *Actas del 1.<sup>er</sup> Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Santiago. I.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.<sup>a</sup> D. - SÁNCHEZ PALENCIA, F. J., 1988: *La corona y el castro de Corporales II. Campaña de 1983 y prospecciones en La Valdería y La Cabrera (León)*. Excavaciones Arqueológicas en España n.<sup>o</sup> 153.
- FERNÁNDEZ, F. - RUIZ, D. - SANCHA, S., 1976: «Los enterramientos en cistas del cortijo de Chichina, (Sanlúcar la Mayor) Sevilla». *Trabajos de Prehistoria* 33.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J., 1986: *Bronce Final en la Meseta Norte española. El utillaje metálico*. Junta de Castilla y León. Col. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León. Monografías.
- FLEMING, A., 1989: *The Dartmoor reaves. Investigating prehistoric land divisions* London, Batsford.
- FUMAGALLI, V., 1989: *Las piedras vivas. Ciudad y Naturaleza en la Edad Media*. Madrid, ed. Nerea.
- GALLART, J. - ROVIRA, S., 1990: «Llavorsí. Estudio arqueometalúrgico de un depósito de la Edad del Bronce». *Revista de Arqueología* año IX, 108.
- GAMITO, T. J., 1988: *Social complexity in Southwest. Iberia The case of Tartessos*. B.A.R., I.S.
- 1989: «The wind of change blows from the east. The transition from Late Bronze Age to Iron Age in Southwest Iberia and the East Mediterranean». En M. L. Stig Sørensen - R. Thomas (eds.): *The Bronze Age/Iron Age transition in Europa*. B.A.R. I.S. n.<sup>o</sup> 483.
- GONZÁLEZ WAGNER, C., 1983: «Aproximación al proceso histórico de Tartessos». *Archivo Español de Arqueología* 56.
- GOODY, J., 1973: «Bridewealth and dowry in Africa and Eurasia». En J. Goody - I. J. Tambiah (eds.): *Bridewealth and dowry*. Cambridge, Cambridge Papers in Social Anthropology n.<sup>o</sup> 7.
- 1976: *Production and reproduction*. Cambridge, C.U.P.
- GORROCHATEGUI, J., 1987: «En torno a la clasificación del Lusitano». *Veleia* 2-3, *Actas del IV<sup>o</sup> Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Vitoria/Gasteiz 1985.
- HARDING, A., 1984: «Aspects of the social evolution in the Bronze Age». En J. Bintliff (ed.): *European social evolution. Archaeological perspectives*. Bradford, B.U.P.

- 1989: «Interpreting the evidence for agricultural change in Late Bronze Age in Northern Europe». En H-A Nordström - A. Knape (eds.): *Bronze Age Studies. Transactions of the British-Scandinavian Colloquium in Stockholm. May 10-11 1985*. Statens Historiska Museum.
- HARRISON, R. J., 1974: «A closed find from Cañada Rosal, (near Écija, Sevilla) and two Bell Beakers», *Madridrer Mitteilungen*, 15.
- HARRISON, R. J. - MORENO, G., 1985: «El policultivo ganadero, o la revolución de los productos secundarios». *Trabajos de Prehistoria*, 42.
- HEGGIE, D. C., 1981: *Megalithic science. Ancient mathematics and astronomy in Northwest Europe*. London, Thames & Hudson.
- HELMS, M., 1988: *Ulysses' sail. An ethnographic Odyssey of power, knowledge and geographical distance*. Princeton, New Jweseey, P.U.P.
- HODDGET, G. A., 1972: *Historia social y económica de la Europa medieval*. Madrid, Alianza Editorial, colec. bolsillo n.º 90.
- JÄGER, K-D. - LOZECK, V., 1982: «Environmental conditions and land cultivation during de Urn Field Bronze Age in Central Europe». En A. Harding (ed.): *Climatic change in Later Prehistory*. Edinburgh, E.U.P.
- JIMENO, A., 1984: *Los Tolmos de Caracena, (Soria). (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España n.º 134.
- JOCKENHÖVEL, A., 1974: «Fleischhacken von den Britishen Inseln». *Archäologisches Korrespondenzblatt*. 4.
- JORGE, S. O., 1986: *Povoados da Pré-Historia recente da região de Chaves-V.ª P.ª de Aguiar*. Porto Instituto de Arqueologia da Faculdade de Letras.
- 1988: «Reflexões sobre à Pré-Historia recente do Norte de Portugal», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*. 28. Actas do Coloquio de Arqueologia do Noroeste.
- 1988a: *O povoado da Bouça do Frade. (Baião), no quadro don Bronze Final do Norte de Portugal*. Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto.
- 1990: «Réplica a la recensión de M. Ruíz-Gálvez a «Povoados» da Prá-Historia recente de Chaves-V.ª P.ª de Aguiar». *Trabajos de Prehistoria*. 47.
- KALB, Ph., 1980: «Zur atlantischen Bronzezeit in Portugal», *Germania*. 60.
- KALB, Ph. - HÖCK, M., 1979: «Ausgrabungen in der Grabhügelnekropole Fonte da Malga», (Viseu, Portugal), *Madridrer Mitteilungen* 20.
- 1981/82: «Cabeço da Bruxa, districk Santarem, Vorbericht über die Grabung 1981». *Portugalia Nova Serie*, vol. II/III.
- KARAGEORGHIS, V. - SCHIAVO, F. LO, 1989: «A west Mediterranean obelos from Amathus», *Rivista di Studi Fenici* 17: 1-4.
- KRISTIANSEN, K., 1981: «Economic models for Bronze Age Scandinavia. Towards an integrate approach». En A Sherida/G. Bailey (eds.): *Economic Archaeology. Towards an integration of ecological an social approaches*. B.A.R. I.S. n.º 96.
- LOCKWOOD, W. B., 1972: *A panorama of Indo-European languages*. London, Hutchinson University Library.
- LUZÓN, J. M.ª - COÍN, L. M.ª, 1986: «La navegación pre-astronómica en la Antigüedad. Utilización de pájaros en la orientación náutica». *Lucentum* 5.
- MACGRAIL, S., 1987: *Ancient boats in NW Europe*. London & New York, Longman.
- MADOZ, P., 1845 y 1847: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. II y VII.
- MAIA, M.ª G. P., 1989: «Neves II e a «facies» cultural de Neves-Corvo», *Arquivo de Beja III. 2.ª serie Actas do 1.º encontro de Arqueologia da Região de Beia*. Beia, 17-18-19 Janeiro 1986.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ª I. - MÉNDEZ MADARIAGA, A., 1983: «Arenero de Soto». Yacimiento de «Fondos de cabaña» de Getafe, (Madrid), *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*.
- MARTINS, M., 1985: «A ocupação do Bronze Final, da citânia de S. Julião em Vila Verde», Caracterização e cronologia. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 25, n.º 2-4.
- 1988: «A arqueología dos castros del Norte de Portugal: Balançe e perspectivas de investigação». *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 28. Actas do Coloquio de Arqueologia do Noroeste.
- MARTINS, M. - JORGE, S. O., En prensa: «Substrato cultural das etnias préromanas do Norte de Portugal». *Actas del Congreso sobre Paletnología de la Península Ibérica*. Madrid, diciembre de 1989.
- MOHEN, J. P., 1977: *L'Age du Bronze dans la region de Paris*. Paris, ed. des Musées Nationaux.
- MONTEAGUDO, L., 1977: *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*. Prähistorische Bronze-Funde n.º IX, 6.
- MOXÓ, S. DE, 1979: *Repoblación y sociedad en la España medieval*. Madrid, Rialp.

- MUCKELROY, K., 1980: «Two Bronze Age cargoes in British waters». *Antiquity* 56.
- 1981: «Middle Bronze Age trade between Britain and Europe». *Proceedings of the Prehistoric Society* 47.
- OAKLEY, F., 1974: *Los siglos decisivos. La experiencia medieval*. Madrid, Alianza editorial, cole. bolsillo, n.º 813.
- PARREIRA, R., 1983: «O cerro dos Castelos de São Brás, (Serpa), Relatório preliminar dos trabalhos arqueológicos de 1979 y 1980». *O Arqueólogo Português*, Serie IV, 1.
- PARREIRA, R. - MONGE, A., 1980: «Zu einigen bronzzeitlichen Höhensiedlungen in Südpotugal». *Madriider Mitteilungen*, 21.
- PEACOCK, D. P. L., 1978: «The Rhine and the problem of Gaulish wine in Roman Britain». En J. du Plat Taylor - H. Cleere (eds.): *Roman shipping and trade: Britain and the Rhine provinces*. The Council for British Archaeology Research Report n.º 24.
- PEÑA SANTOS, A DE LA, 1987: «El castro de Torroso», (Mós, Pontevedra), *Trabalhos de Antropologia y Etnologia* 27.
- En prensa: «El primer milenio a.C. en el área gallega, Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la Arqueología». *Actas del Congreso sobre Paleontología de la Península Ibérica*. Madrid, diciembre de 1989.
- PEREIRA, G., 1984: «La formación histórica de los pueblos del Norte de Hispania. El caso de Gallaecia como paradigma», *Veleia* 1.
- En prensa: «Galicia, etnogeografía», *Actas del Congreso sobre Paleontología de la Península Ibérica*. Madrid, diciembre de 1989.
- PIGGOT, S., 1983: *The earliest wheeled transport from the atlantic coast to the Caspian Sea*. London, Thames & Hudson.
- RANSBORG, K., 1984(86): «The coffin and the sun». *Acta Archaeologica*, 56.
- RENFREW, C., 1972: *The emergence of civilization. The Cyclades and the Aegean in the third millenium B. C.* London, Methuen.
- 1979: «Trade and culture process in european Prehistory». En C. Renfrew (ed.); *Problems in european Prehistory*, Edinburgh, E.U.P.
- 1987: *Archaeology and language. The puzzle of Indoeuropean origins*. Cambridge, C.U.P.
- ROWLANDS, M. J., 1980: «Kinship, alliance and exchange in the european». Bronze Age, En J. Barrett/R. Bradley (ed.): *The British Later Bronze Age*, B.A.R. B.S., n.º 83.
- 1984: «Conceptualizing the european Bronze and Iron Ages». En J. Bintliff (ed.): *European social evolution Archaeological perspectives*. Bradford, B.U.P.
- RUGGLES, C. L. N. - WHITE, W. R. (eds.), 1981: *Astronomy and society during the period 4000-1500 B.C.* B.A.R. n.º 88.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M., 1979: «El Bronce Antiguo en la fachada atlántica peninsular: un ensayo de periodización». *Trabajos de Prehistoria* 36.
- 1982: «Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas». *El Museo de Pontevedra* n.º XXXVI. Homenaje a Alfredo García Alén.
- 1984: *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Madrid, Universidad Complutense.
- 1984a: «Consideraciones terminológicas acerca de la Edad del Bronce Peninsular». *Trabajos de Prehistoria* 42.
- En prensa: «Orientaciones teóricas sobre intercambio y comercio en Prehistoria».
- SÁNCHEZ, M.ª J., 1989: «Datos de C14 para a pré-historia recente do Leste de Tras-os-Montes», *Arqueología*, 19.
- SCHUBART, H., 1985: *Die Kultur der Bronzezeit im Südwestern der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen.
- SHERRATT, A., 1976: «Resources, thecnology and trade: an essay in early european metallurgy». En G. de G. Sieveking - J. H. Longworth - K. Wilson (eds.): *Problems in economic and social Archaeology*. London, Duckworth.
- 1981: «Plough and pastoralism; aspects of the secondary products revolution». En I. Hodder - G. Isaac - N. Hammond (eds.): *Patterns of the Past Studies in honour of David Clarke*. Cambridge, C.U.P.
- 1983: «The secondary exploitation of animals in the Old World». *Archaeology*, 15.
- 1986a: «Wool, wheels and ploughmarks: local developments or outside introduction in Neolithic Europe?». *Institute of Archeology. Univ. of London*.
- 1986b: «Two new finds of wooden wheels from later Neolithic and early Bronze Age Europe». *Oxford Journal of Archeology*, 5, 2.
- 1987: «Cup that cheered». En W. Waldren-R. Kennard (eds.): *Bell Beakers of the western mediterranean*, B.A.R. I.S., n.º 331 (1).
- SHERRATT, A. & S., 1988: «The Archaeology of Indoeuropean: an alternative view». *Antiquity*, 62.
- SILVA, C. A. F., 1986: *A cultura castreja no Noroeste português*. Paços de Ferreira.
- SILVA, C. T. - SOARES, J., 1981: *Prehistoria del area de Sines*. Sines.



- SOEIRO, T., 1988: «A proposito de quatro necrópoles proto-históricas do concelho de Esposende», *Actas do Coloquio Manuel Boaventura*, 1985.
- SOLA, E., 1980: *Libro de las maravillas del Oriente lejano*. Madrid, Editora Nacional.
- SPINDLER, K. - VEIGA FERREIRA, O. DA, 1973: «Der Spätbronzezeitliche Kuppelbau von der Roça do Casal do Meio, in Portugal», *Madriider Mitteilungen*, 12.
- STIG SØRENSEN, M. L., 1989: «Looking at peripheries». The reproduction of material culture in Late Bronze Age in Scandinavia and England. En H-Å Nordstrom-A Knape (eds): *Bronze Age Studies. Transactions of the British-Scandinavian colloquium in Stockholm, May 10-11 1985*. Statens Historiska Museum, Stockholm.
- STIG SØRENSEN, M. L. - THOMAS, J. (eds.): 1989: *The Bronze/Iron Age transition in Europe*. B.A.R. I.S. n.º 439.
- STURLUSSON, S., 1983: *Saga de Egil Skallagrimson*. Madrid, Editora Nacional. Edición de E. Bernaldez.
- 1984: *La alucinación de Gylfi*. Madrid, Alianza edit. Colec. bolsillo n.º 1010. Prólogo y traducción de J. L. Borges y M.ª, Kodama.
- THAPAR, R., 1980: «Death and the hero». En S. C. Humphreys-H. King (eds.): *Mortality and immortality The Anthropology and Archaeology of Death*. London, Academic Press.
- THOMAS, R., 1989: «The Bronze/Iron Age transition in Southern England». En M. L. Stig Sørensen-R. Thomas (eds.): *The Bronze/Iron Age transition in Europe*.
- THOMAZI, A., 1985: *Las flotas del oro Historia de los galeones de España*. Madrid, Swan Avantos y Hakeldama.
- TOVAR, A., 1987: «Lenguas y pueblos de la Antigua Hispania: lo que sabemos de nuestros antepasados protohistóricos». *Veleia* 2-3. Actas del IVº Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas. Vitoria/Gasteiz 1985.
- UNTERMANN, J., 1987: «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch», *Veleia* 2-3. Actas del IVº Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, Vitoria/Gasteiz 1985.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. - AIRA RODRÍGUEZ, M.ª J., 1988: «La economía de los pueblos prerromanos del Norte de Hispania, según los testimonios palinológicos». *Actas del I.º Congreso Peninsular de Historia Antigua. Compostela 1986*. Universidad Compostelana, col. «Cursos y Congresos», n.º 52, vol. II.º
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. - CANO PAN, J. A., 1988: «Una nueva perspectiva de la Edad del Bronce», *Trabajos de Prehistoria* 45.
- WELLS, P. S., 1984: *Farms villages and cities*. Cornell, C.U.P.
- ZVELEBIL, M. & K., 1988: «Agricultural transition and indoeuropean dispersals». *Antiquity* 62.